BREVES FRAGMENTOS DE ETERNIDAD

Juan Jiménez García

pre - textos
colección textos y pretextos

Para Francisca, Manuel, Mercedes

LA AVENTURA DE UN LECTOR

"No, si al final serás escritor".
(MI MADRE, HACE VEINTICINCO AÑOS)

QUÉ difícil. Está uno tan acostumbrado a escribir sobre los libros de los demás, a incitar a la lectura de los otros. Escribir un prólogo esperando que le lean a uno mismo. Veamos. En *Los amores difíciles*, Italo Calvino tenía un relato que se llamaba "La aventura de un lector". El protagonista está en la playa, tumbado, leyendo un libro. A su lado se sienta una mujer atractiva, que llama su atención, y, desde ese momento, todo consiste en continuar con el libro, que está muy interesante, o intentar ligarse a la bañista. La verdad es que no recuerdo qué es lo que gana, pero esa es mi historia. El mundo real, físico, enfrentado a otro mundo, el mío. Yo sí que sé cómo acabo mi relato. El caso es que, escritor sin obra, como diría Enrique Vila-Matas, uno se entrega a un oficio de escritores (contable, como Pessoa o Kafka), mientras lee. Entendámonos: el escritor sin obra escribe, necesariamente. Los caminos de esa escritura son extraños. Años después, tras otros inventos, llegaría *Détour*, con Óscar y Francisca. Una revista de cine que se convirtió en una de literatura, que era lo que siempre habíamos querido. El caso es que ahí, precisamente ahí, mi voluntad de ser escritor tomó un camino definitivo: escribir sobre los libros de los demás. Lector y escritor se volvían una sola cosa.

Nunca he pretendido ni querido ser crítico literario. Me sonroja el solo pensamiento. La palabra reseñista me parece de una fealdad difícil de soportar. Rara vez tomo notas sobre aquello que he leído y mi memoria es desastrosa. La mayor

parte de los textos que escribo están hechos de una sola vez, sin tener ni idea, al comenzarlos, de lo que quiero decir con ellos. Confío, como Francis Bacon, en el accidente, en esa ruptura de la normalidad que provocará que donde nada había, surja algo. He tardado mucho en entenderme, aunque más bien he aceptado esa incomprensión. Al final, soy un lector que escribe sobre sí mismo a través de los libros de los otros. No, no hay que buscar historias personales, aunque también las haya. No es eso. Cuando la novela acaba, seguir ahí, caminando junto a ella. Colocarse entre las líneas, habitar los espacios en blanco. Algo así.

Entonces, la cosa empezó así, ocho años atrás. Francisca me dice que la librería Ramon Llull va a organizar un club de lectura con Pre-Textos. No sobre, sino con. Es decir, con su editor, Manuel Borrás. Esto ahora parece muy normal, pero entonces era raro. Maravillosamente raro. Desde que compré los primeros diarios de Andrés Trapiello, Pre-Textos era un referente. Cuando en mi camino me encontraba con algún autor por el que sentía un súbito interés, siempre tenían un libro suyo. Aún ocurre. El caso es que, años después, Francisca fue a la presentación del club. La fortuna quiso que este se fuese los sábados a las doce de la mañana. De esas pequeñas cosas, de aquellas casualidades, vienen tantas otras: Manuel es un amigo, la Ramon Llull, un hogar, y tantas más. El porvenir, sí, fue largo. En él estamos.

El Club de Pre-Textos, desde su mismo inicio, fue otra cosa. Estaban los libros, pero también estaba Manuel. Su sabiduría, su vida, el oficio de editar, su infinita generosidad, convirtieron nuestros encuentros en algo más que hablar de un libro. Muchas, tantas veces, este quedaba en un segundo lugar y la conversación iba por aquellos caminos. Más de una vez ha señalado que no sabía lo que era un club de lectura, pero, seguramente, tampoco nosotros. Estaba todo por inventar. Descubrimos el

siglo XIX y más tarde llegaría el siglo XX y hasta el XXI. Desde un principio tuve claro que quería escribir sobre todos y cada uno de los libros, y eso es este, la reunión de esos textos, escritos siempre antes del propio club, para aclarar mis ideas, para ver lo que tenía que decir. No pocas veces surgieron más cosas, vinieron a mi cabeza otros pensamientos, provocados por el discurrir de las conversaciones. Incluso contradicciones con lo que había escrito, pero jamás volví atrás. Pensaba, con palabras de Bohumil Hrabal, que también nuestros errores son perfectos. Mientras, en el club, la gente iba yendo y viniendo; incluso la muerte nos arrebató a Mercedes, lectora atentísima. En un club de lectura están los libros, pero también la vida.

AGRADECIMIENTOS

A Silvia, Manuel y Manuel por crear y creer en Pre-Textos desde hace cincuenta años. Almudena y Paco, por ese otro hogar que es la Ramon Llull. Todos los que pasaron, pasan y pasarán por el Club de Pre-Textos. Óscar y Francisca, compañeros de aventuras y cambios de sentido. David, claro. Mis padres y hermana, siempre ahí. Aitana, Hugo (que algún día leerá este libro, seguro), Darío y Jorge, el futuro en el que quiero creer. Todos los que nos acompañan en el Club de las Próximas Lecturas, compartiendo búsquedas y algún encuentro.

UN SABOR, UN GUSTO

Algo de mí mismo, de Rudyard Kipling
Traducción de Álvaro García López

HAY escritores que uno cree conocer desde siempre sin haberlos leído nunca: forman parte de nuestro paisaje sentimental. La India de Kipling es tan nuestra que podríamos pensar que es un territorio más de esa geografía personal que, de una manera u otra, hemos transitado. Kipling es el exotismo perdido. A veces, el paraíso perdido. Un paraíso construido sobre ideas estéticas, más que morales, lleno de otros principios que podemos asumir como reivindicación de un mundo desaparecido, en el que todo es como queremos que sea y el fondo está demasiado lejos y desdibujado para poder ser apreciado. Cuesta imaginarse, situándonos en el lugar de la India, contra qué se rebelaron, siendo un lugar más de nuestros sueños coloniales. La literatura, la vida. Entonces Rudyard Kipling escribe *Algo de mí mismo*, que es una suerte de memorias, y reparamos en que el exotismo está asociado de algún modo a lo extraño, pero que, cuando eso extraño es algo normal para quien lo vive, la vida es un largo río tranquilo.

Kipling nació en la India. Pasó su infancia (desgraciada, porque lo dejaron al cuidado de las personas equivocadas) en Inglaterra. Volvió a la India con sus padres (y fue feliz, casi por

primera vez). Trabajó en periódicos y volvió a Inglaterra con algunos relatos y la idea de otros. Empezó a hacerse un nombre. Ganó dinero. Huyendo de la peste (literalmente), recién casado, empezó a recorrer el mundo. En Japón perdió todo su dinero (pero no por los japoneses, sino por la quiebra del banco). Acabó en Estados Unidos. Allí pensó que podía formar un hogar y eso hizo. Pero los estadounidenses no le parecieron gran cosa, sino más bien lo peor de cada pueblo (encabezados por los malditos irlandeses), y encima tenían cierta ligereza en cuestiones de derechos de autor. De modo que se marchó. Volvió a Inglaterra, tomó alguna decisión equivocada en busca de ese hogar que nunca acababa de llegar, y acabó en Sudáfrica ocasionalmente, para la segunda guerra de los bóers, que esta vez sí ganó Inglaterra. Tras aquello y con nuevos amigos por todos lados (que lo acusaban de militarista y alguna cosa más fea), regresó, para encontrar su lugar y acomodo. E incluso le dieron el Premio Nobel, que para él se resume en un palacio medio a oscuras (porque acaba de morir el rey de Suecia) y nieve en los patios.

Buena parte de estos viajes, aventuras y desventuras ocupan el relato de sus días. Nuestra necesidad de pintoresquismo se desvanece ante la constatación de que nada tiene de pintoresco lo que uno vive todos los días. Hay mil anécdotas, cierto, e incluso podríamos decir que *Algo de mí mismo* es el libro de las anécdotas, que pasan gráciles y ligeras entre nuestros dedos como algún tipo de viento o brisa. Y no porque todo sean frivolidades. Al contrario. Kipling es un hombre de su tiempo, y su tiempo era la época victoriana. Hay cosas sobre las que no bromeaba nunca, muchas, aunque en él ya está la construcción (algunos detalles) de lo que ahora conocemos como humor inglés, o esa cierta capacidad de no tomarse a uno mismo muy en serio y tampoco a los demás, sean reyes o lacayos. Así, si hay algo verdaderamente exótico, es aquello que cuenta y cómo lo cuenta.

Estamos en ese punto en el que ya empiezan a extrañarnos las incorrecciones políticas (sin pensar que pasaron más de cien años). Los irlandeses, como ya dije, son la raza odiada y odiosa (utiliza el término raza a menudo), los estadounidenses las sobras europeas, los judíos (ay, los judíos), y luego hay indígenas por todas partes (que es su manera, seguramente la de su tiempo, de llamar a los nativos), y las clases sociales están para algo. Kipling fue masón y perteneció a algún club más que selecto, y aunque tampoco le dio importancia llegó a sir, mientras su gusto por el glorioso ejército inglés era más que evidente.

¿Y la escritura? Está. La construcción del escritor a partir del periodista, sus primeros relatos para los periódicos, su relación con la escritura (y la verdad, porque Kipling estaba francamente preocupado por la veracidad de lo que escribía), la génesis abreviada de alguna de sus obras mayores (en especial *Kim*, que le sirve para hablar también de su padre), y algún maravilloso apunte visto desde el futuro, como es nuestro caso: un tal Tarzán de los monos que es una triste imitación de su *Libro de la selva* y que pronostica que no llegará a nada. Sus éxitos, el dinero, sus relaciones con la prensa, con algunos lectores, con la humanidad, consigo mismo. No esperemos encontrar reflexiones poéticas sobre el oficio, aunque, el último capítulo, como si se hubiera olvidado de algo importante, está dedicado a la escritura (y la importancia del sonido de la pluma rasgando el papel).

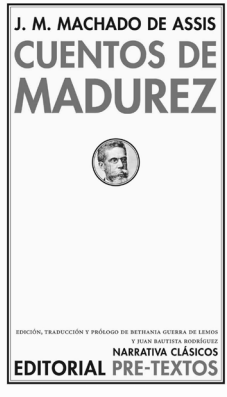
Entonces, cuando llegamos a la última página, a las últimas líneas de *Algo de mí mismo*, cuando pensamos que la vida está llena de extrañas cosas, pero también de día a día, incluso para un escritor inglés victoriano, llega la última frase del libro, las últimas palabras, que son póstumas (no por él, que sigue vivo, sino por ellas mismas, que hablan de un muerto): "[…] que ya eran más que normales antes de mi muerte". Y piensas que la poesía está en todas partes, también en la vida común de los

hombres. En nuestros errores y en nuestros aciertos. En nuestros odios y en nuestros amores. En todo lo que queremos y en aquello a lo que no le damos la más mínima importancia. En lo trivial y en lo esencial. Y que sólo hay que ser un observador atento (aunque también valdría alguien descuidado ayudado por el azar) para encontrar. Que ese algo de Kipling tiene un tanto de nosotros, sin que sepamos qué. Un sabor. Un gusto.

10 de abril de 2019

EL MUNDO DE MAÑANA

Cuentos de madurez, de J. M. Machado de Assis
Traducción de Bethania Guerra de Lemos y Juan Bautista Rodríguez



MACHADO de Assis es el gran clásico de la literatura brasileña. Frecuentó todos los géneros y lo hizo desde la necesidad imperiosa de ser escritor. Nacido pobre, no llegó a la universidad, lo cual no le impidió dejar su huella en el siglo XIX de las letras de aquel país, siglo de cambios que él supo atrapar perfectamente. Conocido por obras como *El alienista*, *Cuentos de madurez* es una reunión de relatos de su última época, en los que recoge buena parte de sus inquietudes. Comparado de alguna manera a Antón Chéjov, contemporáneos pero no conocidos, sus relatos son, como los de aquel, el encuentro de una nueva manera de contar. Estaría tentado de decir que entran en la modernidad, pero la modernidad es algo que se está alcanzando constantemente, sin que sepamos muy bien qué es, más allá de otra cosa. En un mundo cambiante al encuentro de otro siglo, la escritura también debía ser distinta. En Brasil y en la Rusia de Chéjov. No hay en ello ni siquiera melancolía, sino cierto aire de despedida. El romanticismo dejaba paso al realismo o la realidad no dejaba paso a nada. El mundo de mañana. Machado de Assis reflejó ese tiempo con su escritura.

El humor atraviesa los relatos de Machado de Assis como los atraviesa el pesimismo. La vida no deja de ser algo insatisfactorio,

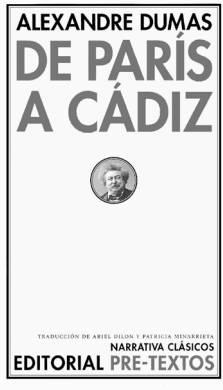
un camino (ni siquiera largo) con cosas que no acaban de salir como queremos. Como al protagonista de "Un hombre célebre", queremos componer obras clásicas y, en el mejor de los casos, sólo nos salen populares. A menudo, sus personajes aspiran a ese algo que lo cambiará todo, que los hará especiales, que les dará una vida soñada, pero se quedan a las puertas de ese sueño por fatalidades del destino. Como el canario del cuento, cuando uno está en la jaula, la jaula es el centro del mundo. Es más: el mundo entero. Pero a poco que uno vuele, el cielo se vuelve infinito, y qué difícil es conformarse con lo que había. En otro de sus relatos, "Adán y Eva", tal vez el mundo no fue creado por Dios, sino por el Diablo, y corregido en la medida de lo posible. Eva no mordió la manzana, pero abandonaron el Paraíso, y lo que nos ha quedado es esto, una versión corregida del Infierno.

Luego está el tiempo, el tiempo que se les viene encima, que no pocas veces conduce a una muerte o a un fracaso tempranos (por la muerte de los demás, de esas jóvenes). Hay pocos vencedores y muchos derrotados en estos relatos de madurez. Incluso los vencedores lo son de una forma dudosa e incluso terrible, como en "Padre contra madre" o "El caso de la vara". Como si la felicidad de uno tuviera que provenir de la desgracia de otros. Nada hay perfecto y sólo juntando imperfecciones se logra llegar a algo asumible, aunque imposible ("Trío en la menor"). Escribí antes que el humor atraviesa sus relatos, pero es un humor triste, irónico. Una mirada burlona, un contrapunto, ese gesto necesario para desvelar todo lo que de miserable contienen aquellos actos. Algo prodigioso se convierte en válvula de escape, un viento que recorre sus páginas. Es la vida, parece decir. Somos humanos a disposición de los pájaros. Y ser humanos es eso. Vivir es eso.

2 de marzo de 2020

UNA VIDA DE AVENTURAS

De París a Cádiz, de Alexandre Dumas
Traducción de Ariel Dilon y Patricia Minarrieta



QUÉ extraños propósitos tenemos demasiadas veces… ¿Cómo resumir en una página, no ya un libro como *De París a Cádiz*, sino un viaje que va de allá acá? Cierto que ese temor podría estar en cualquier libro (está, y tanto que está), pero hay algo en este que nos dice que cualquier aproximación será insuficiente, porque él en sí mismo es desbordante. Un libro que se toma su tiempo en describir una sola corrida de toros (y nos deja ahí atrapados, más que por el hecho en sí, por la escritura que lo sustenta). Un libro que, por encima de todo, es una celebración de la buena vida y de la mejor escritura, del vino y las palabras, atravesando rutas polvorientas a lomos de un burro, como si fuéramos emperadores de nuevas tierras recién conquistadas. Bien pensado, todo es una cuestión de cómo mirar las cosas que nos rodean y, desde luego, cómo vivirlas.

Alexandre Dumas parte de París con su hijo y algunos amigos. Se dirigen a África y, como es un hombre práctico, irá contando las etapas del viaje a una algo más que amiga, con la instrucción de que conserve las cartas para luego publicarlas. Estamos en mitad del siglo XIX y recientes están *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo*. Como entonces ser escritor

era otra cosa, es conocido hasta en España, país que parece que está al lado de Francia, pero que más de una vez no somos ni capaces de ubicar en el planeta Tierra. Su hijo, a la vuelta, conocerá igualmente su momento de gloria, publicando *La dama de las camelias*, aunque sea difícil reconocerlo en ese veinteañero entregado a otras causas, entre el sueño y las mujeres. Cargados de armas y con una visión nada positiva de la gastronomía española (Dumas padre se verá hasta obligado a inventar un aliño para ensaladas), van atravesando un país que, si hacemos caso a lo que leemos, aún estaba a medio hacer. Por no sé qué misterio, al leerlo me parecía un paisaje del oeste, algo a lo que no es ajeno el escritor. La aventura está en todas partes y los bandidos se intuyen y se los espera. Hasta que acaban por encontrarlos y por confraternizar, en uno de los pasajes más curiosos del libro. Los caballos son aquí asnos o burros, excepto alguna honrosa y dudosa excepción, y las diligencias algo parecido e insospechado. No faltan posadas y tabernas, pero sí comida, al menos para ellos.

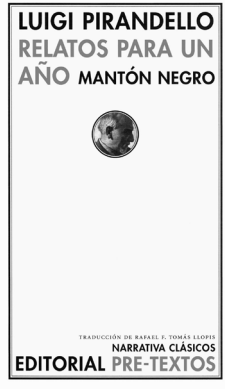
En definitiva: aún estábamos por inventar. Y eso que veníamos de ser un imperio. Cierto que al final llegan a Andalucía, y ahí nos salvan los árabes. De lo que no nos libramos es de nuestra relación con el pasado. Pero es que de eso no nos salvaríamos ni ahora. Sus estampas andaluzas son como un oasis abundante en todo y ya con menos dudas. No es porque se entregue a lo pintoresco, sino porque su sentido desbordante de la vida parece encontrar su justa medida en las ganas de vivir de los otros. Es como si hubiera llegado a la tierra prometida que da sentido a mozos, posaderos y autoridades varias. Al polvo y a los animales de carga. Vivir, vivir intensamente. Alexandre Dumas se convierte en protagonista de una novela de aventuras escrita por Alejandro Dumas (esa vieja costumbre que teníamos de castellanizar los nombres). El mundo como escenario. Llegamos a Cádiz como recorrieron ellos el camino: embriagados. Hemos

visto lo que hemos visto y nos parece la totalidad. Es seguro que faltan cosas, casi todo, pero estamos llenos, llenos de literatura. ¿El secreto? El aliño.

1 de julio de 2020

UNA HISTORIA SICILIANA

Relatos para un año. Mantón negro, de Luigi Pirandello
Traducción de Rafael Tomás Llopis



UNA historia personal... Han pasado muchos años desde mi primer encuentro con Pirandello. Como cualquier otro recuerdo, este puede ser cierto como puede no serlo; pero para mí, y eso es lo importante, lo es. Mi primer encuentro con el escritor siciliano fue un libro de obras completas de su teatro en dos tomos. Una edición en piel y papel biblia, de la que yo sólo tenía uno de ellos. Se convirtió en mi libro más querido. Leía las obras al azar de los días y de los años, y ni siquiera ahora las leí todas. Seguí comprando algún libro más. Algunas selecciones de sus relatos, alguna de sus novelas, algunos de sus ensayos. Pero yo sólo leía ese librito, porque era pequeño pese a contener tantas cosas y tantas obras. Incluso un día, y de ello tampoco hace mucho, conseguí el segundo de los libros. Y su teatro, con todo, aunque completo, me sigue pareciendo incompleto. También vi representado a Pirandello, o sus adaptaciones cinematográficas. Se convirtió en uno de esos escritores que uno piensa que deben de conocer todos, un clásico absoluto que está en los estantes de cualquier librería. El mundo, demasiado a menudo, nos parece como algo que hemos creado nosotros mismos, y nos resulta raro que tenga una vida propia, miles de millones de vidas

propias, más allá de nuestras pequeñas pasiones. ¡Cómo no iba a ser conocido de todos Luigi Pirandello, si hasta Leonardo Sciascia le dedicó un abecedario y aparecía aquí y allá, de pensamiento y obra! Creo que aún conservo esa ingenuidad juvenil… Pero no, seguramente el tiempo del escritor pasó hace muchos años y luego, luego empezó a acumularse el polvo sobre él, y bajo el polvo, sí, seguía toda la belleza del mundo y muchos pasajes sobrecogedores. Algún día, alguien como nosotros recuperaba algo, un breve fragmento, y otros como nosotros, también tendrían su librito y sus libritos para repasar una y otra vez, con la nostalgia de un tiempo que no existió. Pirandello, que se suele asociar a la identidad, a los problemas de identidad, era pirandelliano.

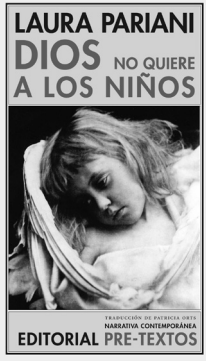
Ahora. Ahora se trata del *Mantón negro* y sus *Relatos para un año*, que a mí, por algunas vueltas y revueltas de la historia, me lleva hasta el cine de los hermanos Taviani y la música de Nicola Piovani. Uno se reencuentra con esa Sicilia de hombres temperamentales, a menudo derrotados por una existencia que se les antoja difícil de explicar. Un mundo antiguo, ahogado en los compromisos, abocado a la tragedia, como en el "Mantón negro", con ese joven que se ve metido en un enredo al dejar embarazada a una solterona que tampoco esperaba nada, y como acaban atrapados ambos en líos de familia y de honor, que por aquellas tierras eso del honor es otra cosa y, a menudo, trágica. Entonces la sangre se sube a la cabeza, e igual que se le sube a uno a la cabeza, se le sale a otro del cuerpo. Tan temperamentales y orgullosos todos como el Mattia de "El humo", que decide entregar los lugares que le dan la vida a las emanaciones mortíferas del azufre, acabando con todo a cambio de bien poco. De nuevo, es una cuestión de honor, de no sufrir una segunda afrenta, de un *ni para ti ni para mí*. Qué lejano queda el futuro… Y "sin esperanza, no pueden plantarse olivos".

La sangre hierve por aquellos parajes. Sciascia decía que Sicilia era como una Italia a pequeña escala, pero en sus males. Sin embargo, es imposible no quererla, no sentirla próxima, como una parte de nuestra propia geografía, allí, lejos pero cerca. Hasta la mafia asoma en las páginas de Pirandello, y es de un día a día que espanta. Porque en las enrevesadas vidas de sus protagonistas no deja de haber algo de que *es así porque no puede ser de otro modo*, porque así fue desde la noche de los tiempos y no se espera ningún amanecer. Los personajes pirandellianos viven atrapados en espirales: de tiempo, de modos, de costumbres. Buscan salir (a ratos) y, en esas salidas, a menudo tempestuosas, se concentran siglos de historia, con hache mayúscula y minúscula, capas y capas de invasiones y deserciones, de resistencias y derrotas, además de alguna victoria. Sicilia es una isla, como no pocas veces los personajes de Pirandello. Me gusta que esta reunión de relatos (dentro de tantos como escribió) termine con "El murciélago". Porque es un relato sobre el teatro, porque es un relato sobre el humor y porque en él se encuentra esa fatalidad de la existencia (con la molesta interrupción de un murciélago, noche tras noche, en plena representación) y cómo se resuelve, entre azar, destino y orgullo. Una historia siciliana.

28 de noviembre de 2022

EL BOSQUE

Dios no quiere a los niños, de Laura Pariani
Traducción de Patricia Orts García



CUÁNTA oscuridad… Cuánta oscuridad en los días, esos días que se suceden unos tras otros, apretados, densos como un bosque que no deja pasar la luz, lleno de caminos sombríos, de hojas caídas, de promesas de peligros. Bosques de días, bosques en los que nada bueno espera a los niños. La pérdida, la muerte. Se atraviesan porque no queda otra solución, porque los días, como los caminos, llevan de un lugar a otro, aún en su inmovilidad de siglos. Se vive porque hay que vivir, y eso es también algo que viene de siglos. En *Dios no quiere a los niños*, nada se desmorona porque nada ha logrado levantarse del suelo. Nada cae porque nada ha sido alzado. Es un mundo en ruinas, porque quien nunca se ha sentido protegido nada echa de menos. Eso interesa a los explotadores, pocos, pero muchos, a diferencia de los explotados, muchos, pero ninguno. Nadie. La novela comienza en las tinieblas y estas no son algo pasajero, sino el escenario argentino en el que se desarrolla no la tragedia, sino el día a día. En el libro, estar vivo o muerto es una cuestión de suerte, de casualidad. No es que Dios no quiera a los niños, es que nadie los quiere, seres invisibles que aparecen, están y se desvanecen. La crueldad de su muerte no es más que el eco de

la crueldad de sus existencias. Esa muerte interesa tanto como sus vidas: nada.

En *Dios no quiere a los niños* (no desvelo nada), un niño asesina a otros niños. Es tan evidente la culpabilidad de Ognissanti que su insistencia en el crimen, su impunidad, no es más que la certeza de que esas muertes no interesan a la policía, y poco o nada a la sociedad. En aquellos terrenos baldíos, en aquellos conventillos, ratoneras de pobres, de más que pobres, cualquier cosa que suceda no tiene importancia. Es ese bosque cerrado que nunca atravesará la luz, esas ruinas en las que poco puede levantarse. Por tanto, algo olvidable. Nada que ocurra allí será lo suficientemente terrible para romper esa continuidad de violencias, de ceros a la izquierda. Que Ognissanti Goletti, un niño atrasado, deforme, devorado por los demás y por él mismo, alimentado y alimentando una crueldad infinita, una rabia sin medida, mate a uno, tres, diez, cien niños, de las maneras más horribles, es simplemente un ejercicio de estilo en un rincón del mundo (como representación de este) en el que mueren tantos por tantas otras razones. Si la vida de un adulto vale lo que es capaz de producir, la de un niño no tiene el más mínimo valor. No es ni la promesa de un futuro, tan costoso de alcanzar.

Para poder contarnos esta historia, Laura Pariani hace un ejercicio inverso. De ese conjunto indistinguible de personas y cosas, de esa masa informe que sólo es percibida como una patulea, extrae individuos, personas, adultos y niños, uno a uno, y les da una voz, algo que contar. Uno tras otro, van escribiendo la historia, su pequeña historia, aportando algo de luz en las tinieblas, y el testimonio de que en el vacío algo palpita. Esa narración conjunta, en la que las voces no se repiten salvo (apenas) la de Ognissanti, que tiene una de niño y una de menos niño, va dibujándose el terror y la constancia de no importar. Desfilan críos, traperos, linyeras, albañiles, porteras, lavanderas, párrocos, floristas, organilleros e incluso, como muestra de

indiferencia, el comisario de policía. Desfilan decenas de personas, escriben páginas, dictan el curso de los hechos, levantan acta de su insignificancia, y nos ponen ante ese niño asesino y cruel con el que difícilmente se puede empatizar o construir la más mínima defensa, pero que no deja de ser otro niño asesinado pero vivo, sometido a las mismas crueldades que él practica, odiado como él odia. ¿Por qué no nos sorprende que la novela esté basada libremente en hechos reales, que sea, como escribe su autora, esencialmente verdadera? ¿Por qué?

6 de febrero de 2023

ÍNDICE

LA AVENTURA DE UN LECTOR 9
AGRADECIMIENTOS 13

EL SENTIDO DE LA VIDA 15
UN SABOR, UN GUSTO 17
LA PASIÓN DE THEA KRONBORG 21
LOS ESPACIOS VACÍOS, LOS TIEMPOS MUERTOS 25
INSTANTES FUGACES DE ETERNIDAD 28
PRINCIPIO Y FINAL 30
BOLA DE NIEVE 33
VARIAS MODESTAS PROPOSICIONES 36
EL MUNDO DE MAÑANA 39
UNA VIDA DE AVENTURAS 41
ENTRE EL SUEÑO Y LOS DÍAS 44
LA BÚSQUEDA DE LA TOTALIDAD 47
LA SOLEDAD DERRAMADA 50
MUCHO ANTES, TAL VEZ SIEMPRE 53
CASA VACÍA 56
LA ESPERA 59
NOCHES Y DÍAS 62
INQUIETUDES IRLANDESAS 65
ESCRIBIR LUGARES 68
LA ETERNIDAD 71
LA NADA Y EL NO 74
RECUERDA, SANGRE 77
GRANDES Y PEQUEÑAS PÉRDIDAS 81
DE UNA CANCIÓN A OTRA 84
UNA HISTORIA ÍNTIMA 87
EN EL CAMINO 90

LA ESPESURA 92
EL CURSO DEL TIEMPO 95
LA AUSENCIA DEL SILENCIO 97
UNA CUESTIÓN LITERARIA 100
UNA HISTORIA SICILIANA 103
EL BOSQUE 106
EL MÁS ALLÁ, ACÁ 109
CAMINAR SOBRE EL HIELO 112
LA CONDICIÓN (IN)HUMANA 115
CAMBIO ETERNO 118
DE LA SOLEDAD 121
LA CONSTRUCCIÓN DE UNO MISMO 124
PRESENTE PASADO 127
EL HOMBRE QUE ESCUCHA 130
ECOS DE UN MUNDO DISTANTE 133
CASA SIN AMO 137
EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS 140
EL GUSTO POR LA BELLEZA 143
CORRIENTES SUBTERRÁNEAS 146
UN SER VIVO EN EL MUNDO 149
LA LEVEDAD 152
BUSCAR, ENCONTRAR 155
CABALLOS, VACAS, CERDOS, PERROS, HOMBRES 158
AFECTOS Y DESAFECTOS 161
HACIA EL INTERIOR 164
EL HILO ROTO 167
ELOGIO DEL SILENCIO 170
EL TIEMPO QUE SE AGOTA 173
ALGÚN DÍA 176

EL VIAJERO ASUSTADO. 180
ÚLTIMOS ACTOS. 183
UN TIEMPO PARA LA ESPERA. 186
INTERIORES. 189
TIEMPO INCIERTO. 192
LA INFANCIA FANTASMAL. 195
LA CARRERA POR EL SEGUNDO LUGAR. 198
TODA LA MELANCOLÍA DEL MUNDO. 201
FIN Y PRINCIPIO. 204